

JUAN, EL ALFARERO O SUS DÍAS

por Alejandra Reynoso*

Después de todo quizás vaya para Quilmes. Por estas noches de luna todos por allí me esperarán adivinándome cruzar los campos antes del amanecer. Realmente extraño a mi hermano, terminaré esta vasija y entonces podré ir. Nunca imaginé que mi maestro algún día se fuera, ni siquiera esa tarde al nacer la sospecha. La arcilla para él siempre fue un juego vertiginoso. Junto con el agua, su cómplice irrefrenable, hacían las reglas cada instante, cada nueva vasija que levantaban, sí, en este mismo patio. Siempre ganaban. A veces pienso que cómo iba a ser de otra forma si ellos ponían las reglas, pero luego me convenzo ¿qué tontería es esa?, ¿vencer a la arcilla?, ¿acaso es posible?, al menos él nunca se supo capaz de tal hazaña. ¿Vencer mi maestro a la arcilla?, si él mismo era de arcilla. Además, ¿alguien puede en este juego perder? Aunque ahora te veo a vos cayéndote como si rodaras por aquel cerro y lo primero que pienso es que me estás ganando. Creeme, a veces me gustaría obedecer tus delirios, seguir tus pendientes y líneas ariscas, claro, las que ahora no me obedecen, y formar quién sabe qué, una llama furiosa tal vez, un árbol maduro, una casa, la nariz de Olga, o cualquier otra cosa. Tantos podrían ser los frutos de tus caprichos y sin embargo te espero humana, arcilla humana, vientre y rostro. Muchas veces soy yo quien desea mostrarte otros senderos, otros pueblos abiertos. Pero siempre me obligo a reconocerte en esta humanidad, continente mujer y hombre. Creo comprender el temor y la congoja que la madre de mi madre sentía en el momento de modelar o pintar el rostro, insinuar los ojos hasta parecer abiertos aún cerrados, y la boca, esa boca terriblemente alerta. La madre de mi madre solía llorar mientras destapaba el rostro

con su pincel de negro. Y sin embargo qué criaturas hermosas resurgían de sus trazos, sí, porque resurgían como si ya estuvieran durmiendo en esas formas y al calor de sus manos despertaran. Solía decir: “las cejas son el techo y por arriba está el cielo, procura que en tu cabeza siempre esté el cielo”. Pintar las cejas la aliviaba de una manera que nadie comprendió nunca, aunque nadie comprendió nunca ni siquiera su pesadumbre. Después de tanto tiempo de sentarme en este patio para mirar primero una masa de arcilla anhelante y luego tener que soportar saber otros ojos detrás de la arena, después de imaginar a los niños muertos que regresarán a la tierra vestidos de blanco, negro y rojo, con sus años perdidos en la profundidad de estas vasijas, las mismas que hablarán por ellos para siempre sin palabras, después de todo esto, podría decir que comprendo ese extraño sentimiento de la madre de mi madre que apenas yo conociera, y en definitiva hablo de mi vida, en este patio, en Rincón Chico. Sí, no importa cómo sea en realidad, supongo comprenderlo porque así lo siento. Ver esos rostros, más aún, crear esos rostros con todas mis manos es la confirmación de un terrible y secreto dolor. Es como sentir que ya no es posible volver, que hubiera querido no cargarte esta humanidad, y sin embargo aquí estoy clavándote sin remedio ya cada ojo y boca en esos lugares tan apropiadamente humanos. Lista para nacer y vivir en nuestras casas, para mañana acompañar quizás a la muerte, también deberemos matarte y en el abrazo profundo de tu arena con memoria dejar a nuestros hijos. Si pudiera imaginar siquiera cada grano de antiguo continente que te pesa y da forma. Cómo me gusta saber que mi maestro sostiene

* Museo Etnográfico “J.B. Ambrosetti”, FFyL, UBA - ad_reynoso@yahoo.com.ar

aún mis vasijas con las suyas. Y que de la madre de mi madre tengo el recuerdo intacto por sus victoriosos fragmentos que todavía hoy puedo mezclar con mi barro. Una sola vez me atreví a poner su rostro en una vasija. Pensando que si no podía evitar esta humanidad, al menos evocar con mis manos a la madre de mi madre sería una forma de hablar con ella, de poder mirar, aunque sea por última vez, toda la noche que había en su mirada. Pero no pude traerla conmigo a este patio otra vez. La boca negra y abierta no era la suya (tampoco la de nadie me temo). Pero por sobre todo, esa profundidad fría y de límites precisos no era la suya. Juré nunca más evocarla de arcilla. Y sin embargo sólo en ese gran vaso espera el agua fresca para mí, como lo fue ella, clara, como el agua inasible. También juré nunca más olvidarme de las criaturas. Porque alguien espera ansiosamente que mis manos contengan su futuro, o mejor dicho, espera esa niña ese niño que yo pueda crear el recipiente de sus días blancos, de sus días negros. Siempre quiere estar esa criatura que aún no nace en el sueño de su madre y en mis manos de alfarero, que de alguna manera

también están soñando, con esta forma invencible y con todas las otras derrotadas. Cuando mi hermano se fue quiso llevarse también la vasija que su artesano soñó para él antes de nacer. Cada vez que la veo junto a la piedra de su casa tengo un recuerdo imposible: mi hermano mayor preguntando con sus primeros años qué era todo aquello pintado en la extraña pero a su vez tan familiar persona de barro. Recuerdo imposible. Tanto como imaginar la respuesta de mi madre, ¿acaso habrá dicho la lluvia, el animal, la palabra que se escapa entre los dientes, la ofrenda en las manos, la lana tejida para el cuerpo y siempre humanidad, siempre humanidad? Tristeza del recuerdo imposible. Al menos queda el aroma certero del sol en las paredes del patio cuando ahora es él quien se va cayendo a mis espaldas antes de lo que deseo. Yo sé que mi fuego en la tierra busca parecerse al sol, pero es cierto, a uno irreal, sin fronteras ni caminos. El color así lo espera. El color según el fuego yo aprendí. Y también que mi vasija necesita de esa ilusión. No es fácil. Después del fuego iré para Quilmes.



Ilustración: *Norberto Rodríguez* (Artista plástico de Quilmes, provincia de Buenos Aires).